Crece la Europa euroescéptica, pero todo podría seguir igual

Felipe Sahagún

Si, como se ha repetido hasta la saciedad, la abstención y el crecimiento de los extremismos son las principales amenazas para el futuro de la UE que se ventilaban en las elecciones legislativas de esta semana, la primera se ha frenado y la segunda ha aumentado, aunque de forma muy desigual, en muchos países de la Unión.

Se ha detenido, aunque por los pelos, la caída de la participación de los últimos 35 años y ha aumentado –en algunos países como Francia y el Reino Unido de forma sustancial- la fuerza de la extrema derecha, pero los dos grupos dominantes de la política europea retienen el control del Parlamento Europeo (PE), con unos 400 escaños (de 751) entre cristianodemócratas y socialdemócratas, seguidos, con más de 70 escaños, por los liberales.

¿El candidato del grupo más votado, en este caso Jean-Claude Juncker, contará con el apoyo de la oposición para presidir la Comisión? La primera reacción, anoche, del candidato socialdemócrata, Martin Schulz, indica que depende de la capacidad de uno u otro para recabar apoyos. Las negociaciones pueden prolongarse durante semanas o meses.

El éxito del partido de la Independencia británico (UKIP) y del Frente Nacional francés (FN), vencedores en sus respectivos países, y el ascenso de la extrema derecha en Austria, Grecia, Dinamarca, Finlandia y Hungría, entre otros, podrían permitirán la formación de algún grupo más en el PE (en el saliente había siete), para lo que se necesitan 25 escaños de, al menos, siete países. La incógnita principal es si el FN logra el apoyo de eurodiputados de otros seis países para tener grupo propio.

El ascenso de la extrema derecha coincide con un aumento del voto de la izquierda euroescéptica y antieuropea, en Grecia sobre todo, lo que exigirá a cristianodemócratas, socialdemócratas y liberales adaptar sus programas y alianzas a un Legislativo más fragmentado. Ignorar el cambio producido en los comicios de ayer sería tan irresponsable como extrapolar dichos resultados a elecciones nacionales de forma automática.

La participación, que venía cayendo de manera constante desde 1979 (62%) hasta 2009 (43%), ayer fue del 43.1% para los 28, tan sólo una o dos décimas más que en las elecciones anteriores según los datos oficiales

adelantados a las 22 horas por el portavoz del PE, Jaume Duch. No es, evidentemente, para lanzar las campanas al vuelo.

Apatía, indiferencia, ignorancia, desconfianza, malestar por la crisis…. Cada uno puede elegir la causa que desee y será siempre una explicación parcial, más válida para unos que para otros. Por regiones, ha sido en los países del Este donde más baja ha sido la participación.

La abstención tiene muchas lecturas posibles y no todas negativas. Una caída continuada del voto desde el 79 no puede atribuirse a decisiones o crisis de los últimos cinco años. Viene de mucho más atrás, se demostró en los referéndum contra la Constitución y tiene muchas causas.

Para José María Gil Robles, expresidente español del Parlamento Europeo (PE), "la lejanía, la desinformación y el desconocimiento de lo que se ventila son las más importantes".

No se alejan mucho del "dulce monstruo de Bruselas" pintado por Magnus Enzensberger, pero la manipulación interesada de Bruselas por los políticos nacionales cada vez que necesitan un chivo expiatorio y los inevitables dobles raseros en toda comunidad compleja como la UE agravan el problema.

Cinco años de crisis y de recesión, con importantes secuelas aún sin superar (la deuda en el 90% del PIB, 26 millones de parados, crecimiento anémico…), que han empobrecido a millones de europeos, han tenido su reflejo en las votaciones en algunos países, como Grecia, Italia, el Reino Unido, España o Francia, pero apenas han cambiado el reparto de votos en otros países de la Unión.

A pesar del avance de los euroescépticos (magma muy heterogéneo), la UE ha completado con éxito otro ejercicio de democracia multinacional sin parangón en el mundo. En número de votantes, es el más importante después de la India.

Han sido las primeras elecciones europeas con candidatos paneuropeos de los principales grupos en liza, confabulados –Tratado de Lisboa en ristre- en un "asalto" pacífico a la Comisión, extendiendo sus poderes en el conjunto de la UE con una legitimidad democrática directa: en millones de votos más que la de cualquier jefe de Gobierno europeo.

Las profundas diferencias entre muchos de los euroescépticos nuevos y viejos sobre el euro, los inmigrantes, la banca, los rescates y las reformas en marcha complican sus posibilidades de formar una alianza o coalición

sólida en Estrasburgo contra los grandes y, si no son capaces de llegar a compromisos, seguirán siendo marginales en las políticas europeas.

A diferencia de los parlamentos nacionales, el PE, como sede legislativa ya de 28 países, sólo puede funcionar por consenso. El eurodiputado nuevo que vaya a Estrasburgo (4 días) y a Bruselas (el resto del mes) de martes a jueves por la mañana (los días de sesión) a ganar guerras lo tiene fatal.

Salvo los procedimientos de urgencia –que se resuelven los jueves por la tarde, cuando se han ido casi todos-, la mayoría de 376 votos necesaria sólo seguirán teniéndola los dos grandes juntos. Ni había ni habrá en el nuevo PE otra mayoría matemáticamente probable o posible, ni a derecha ni a izquierda.

Todo el procedimiento parlamentario europeo está orientado en ese sentido para facilitar los grandes acuerdos sin los cuales nada funcionaría en la Unión. En la carta de principios y en la distribución de puestos entre los grupos que deberán concluirse en los próximos días se formalizará, como en los parlamentos anteriores, ese consenso general.

A diferencia de lo sucedido en la mayor parte de las elecciones nacionales desde el comienzo de la crisis, que se han llevado por delante a casi todos los gobiernos independientemente de su color político, la mayoría dominante en Europa, aunque más débil, ha resistido la recesión, las durísimas críticas en muchos sectores, la ausencia de partidos y de medios de comunicación realmente europeos, el desconocimiento (por la lejanía de las instituciones, como ocurre en los EE.UU.) y el apoyo decreciente de los ciudadanos: de un 75% en 1979 al 58% en el último Eurobarómetro.

Como adelantaban todas las encuestas, avanzan los populistas, euroescépticos, antieuropeos y antiinmigrantes por la izquierda y por la derecha, pero no lo suficiente para cambiar significativamente el funcionamiento y las políticas de las instituciones europeas.

Siendo, como son, elecciones nacionales, el aumento del voto populista y antieuropeo tiene explicaciones diferentes según los países (en Grecia el voto es obligatorio, en Alemania por primera vez se eliminó la barrera del 3% para obtener escaños, en Bélgica coincidió con elecciones generales y en Italia con locales parciales) y tendrá, sobre todo, efectos nacionales.

La victoria del FN en Francia obligará a conservadores y socialistas franceses a revisar sus prioridades. Un Syriza más fuerte en Grecia y el hundimiento del PASOK debilita a la coalición dirigida por Nueva Democracia y acelerará elecciones anticipadas. El éxito de UKIP en el Reino Unido debilita a la coalición conservadora-liberal.

Todo lo que ganan el Movimiento 5 Estrellas y Liga del Norte en Italia habrá que descontarlo del Partido Democrático de Matteo Renzi, pero es un golpe sobre todo al centro-derecha de Berlusconi. ¿El ascenso de Beppe Grillo a expensas, sobre todo, de Silvio Berlusconi es necesariamente malo para el PE?

"El avance o la erupción de estos partidos no va a cambiar nada esencial en el Parlamento Europeo, pero tendrá consecuencias en las políticas nacionales y en el comportamiento de los dirigentes nacionales dentro de la UE", advierte Jan Techau, director de Carnegie Europe, a la agencia France Presse.

El primer choque se producirá en las próximas horas. Quien sólo haya escuchado a los principales candidatos –el socialdemócrata Martin Schulz, el democristiano Jean-Claude Juncker o el centrista-liberal Guy Verhofstadt-, pensará que el Consejo está obligado, aunque el Tratado de Lisboa sólo exige que lo tenga en cuenta, a nombrar nuevo presidente de la Comisión al líder del grupo que obtenga más escaños.

"El candidato deberá contar con una mayoría en el nuevo Parlamento, pero también con una mayoría en el Consejo", advierte el presidente saliente del Consejo, Herman Van Rompuy. Pocos confían en que haya fumata blanca en la cena del Consejo convocada para mañana.

Teniendo en cuenta las pésimas relaciones entre Angela Merkel y Juncker, la elección puede resultar más complicada que la de muchos papas. Si a ello añadimos la vinculación inevitable de ese nombramiento con los de Alto Representante, Presidente del Eurogrupo, los nuevos supercomisarios y otros altos cargos europeos, podemos encontrarnos con un vacío de poder prolongado durante meses en algunas de las instituciones. Lo previsible es que los acuerdos principales se cierren en los consejos de junio o julio y se vayan implementando en los seis meses siguientes.

"Si el Consejo no nombra presidente de la Comisión al candidato del grupo más votado y no cede más poderes al Parlamento, será el fin de la democracia en Europa", advierte el líder centrista europarlamentario Guy

Verhofstadt, ex primer ministro belga, confiado en obtener, a cambio de su apoyo a la mayoría, la presidencia del nuevo Parlamento o el puesto de Alto Representante y vicepresidente de la UE en sustitución de la británica Catherine Ashton.

Si el Consejo rechaza al candidato del Parlamento para presidir la Comisión, se abrirá una grave crisis. Si lo nombra, el Parlamento, que ya interviene o codecide en el 85-90 por ciento de todas las leyes, habrá dado un paso importante hacia una Unión con un Ejecutivo (la Comisión) con una autoridad, influencia, poder y legitimidad reforzadas.

Los dos objetivos principales del nuevo PE, en los próximos cinco años, son la consolidación del euro tras la crisis y la aprobación de un presupuesto acorde con lo que se exige hoy de una UE de 28, muy lejos del 1% del PIB actual. Ya está en marcha el equipo de trabajo encargado de diseñarlo para 2016.